

Arthur Rosenberg\*

## **Espartaco y Noske. La fundación del KPD, el levantamiento de enero y la represión de los *Freikorps***

El 30 de diciembre, el Congreso de la Liga Espartaco reunido en Berlín certificaría formalmente la separación de los espartaquistas del USPD. Se constituyó como un nuevo partido que tomó el nombre de *Kommunistische Partei Deutschlands (Spartakusbund)* («Partido Comunista de Alemania [Liga Espartaco]»). A instancias de Lenin, los bolcheviques rusos habían desechado el nombre de Socialdemocracia, que, según se consideraba, se había visto comprometida por el reformismo. A cambio, Lenin dio a su partido el nombre de comunistas, pues así se habían llamado Marx y Engels en el período revolucionario de 1848. El cambio de nombre de la Liga Espartaco significaba seguir el ejemplo en el exterior del partido victorioso de la revolución rusa, aunque en el fondo existían grandes diferencias entre los comunistas alemanes y los rusos.

El congreso comunista adoptó un programa trazado por Rosa Luxemburg. En las frases decisivas se dice:

La Liga Espartaco no es un partido que quiere lograr el dominio sobre las masas trabajadoras o a través de las masas trabajadoras. La Liga Espartaco solo es la parte decidida del proletariado que indica a toda la amplia masa de la clase obrera su tarea histórica a cada paso, que representa el objetivo socialista final en cada etapa de la revolución y los intereses de la revolución proletaria mundial en todos los aspectos nacionales.

La Liga Espartaco se niega a compartir el poder gubernamental con los títeres de la burguesía, con los Scheidemann-Ebert, porque en tal colaboración ve una traición a los principios del socialismo, un fortalecimiento de la contrarrevolución y una parálisis de la revolución.

La Liga Espartaco también rechazará llegar al poder solo porque los Scheidemann-Ebert se hayan desgastado y los independientes se encuentren en un callejón sin salida por cooperar con ellos.

---

\* Arthur Rosenberg (1889) fue un historiador marxista alemán y miembro del Partido Comunista de Alemania (KPD), en el que militó hasta 1927. Figura destacada de la historiografía alemana, fue profesor en las universidades de Humboldt de Berlín, Liverpool y Brooklyn College. Entre sus obras destacan *Democracia y socialismo. Aporte a la historia política de los últimos 150 años*, *El fascismo como movimiento de masas*, *Democracia y Lucha de Clases en la Antigüedad o Historia del Bolchevismo*. Este fragmento corresponde a la edición conjunta de "Origen e historia de la República Alemana" y a "Historia de la República de Weimar" publicada por primera vez en castellano bajo el título de *Origen e Historia de la República Alemana* (Verso Libros, 2024, pp. ) y traducción de Jaume Raventós.

La Liga Espartaco nunca tomará el poder gubernamental de otra manera que no sea por la clara e inequívoca voluntad de la gran mayoría de las masas proletarias de Alemania, nunca de otra manera que no sea en virtud de su asentimiento consciente a los puntos de vista, objetivos y métodos de lucha de la Liga Espartaco.

La revolución proletaria solo puede decidirse finalmente de forma gradual, paso a paso, por el camino del Gólgota de sus propias experiencias amargas, a través de derrotas y victorias, para llegar a la plena claridad y madurez. La victoria de la Liga Espartaco no se produce al principio sino al final de la revolución. Es idéntica a la victoria de las grandes masas de millones de proletarios socialistas.

El programa de Rosa Luxemburg es un claro rechazo de todo utopismo y aventurerismo. También rechaza definitivamente la dictadura del partido sobre las masas trabajadoras a la manera del bolchevismo. Rosa Luxemburg no quiere tomar el poder si este, por algún azar técnico, cayera en manos de la Liga Espartaco, sino solo e inequívocamente si la gran mayoría del proletariado alemán está de acuerdo con las ideas de la Liga Espartaco. Rosa Luxemburg tenía claro que solo un proceso de desarrollo prolongado podría conducir a la creación de una república socialista en Alemania. Rosa Luxemburg incluso profetizó en su ponencia ante el Congreso que, en un futuro cercano, el gobierno de Ebert-Scheidemann se derrumbaría bajo el ataque de la oposición y entonces llegaría una «dictadura militar bajo Hindenburg».

La mayoría de los delegados espartaquistas en el Congreso aprobaron el programa de Rosa Luxemburg sin pensar mucho en su significado. En realidad, el Congreso estuvo dominado por el espíritu de un utopismo fanático. En el terreno de la teoría, los delegados dejaron que Rosa Luxemburg hablara de lo que quisiera. Pero en la práctica política fueron por su cuenta. La cuestión decisiva del día fue la posición sobre la Asamblea Nacional. El Congreso de los Consejos había decidido que las elecciones a la Asamblea Nacional se celebraran el 19 de enero. Rosa Luxemburg y Liebknecht estaban convencidos de que las elecciones se celebrarían y no sería posible evitar la Asamblea Nacional mediante intentos golpistas. Por eso querían la participación en las elecciones. Rosa Luxemburg dijo la verdad a los exaltados delegados:

Camaradas, estáis haciendo de vuestro radicalismo algo muy incómodo. A pesar de todos nuestros impetuosos impulsos, no debemos carecer de la necesaria seriedad y serena deliberación. No es aceptable mencionar el ejemplo de Rusia contra la participación en las elecciones. Cuando allí la Asamblea Nacional fue desbaratada, los camaradas rusos ya tenían el gobierno de Trotsky y Lenin. Nosotros todavía tenemos a Ebert y Scheidemann. El proletariado ruso tenía tras de sí una larga época de luchas revolucionarias. Nosotros estamos en el comienzo de la revolución. No tenemos más que la miserable media revolución del 9 de noviembre. En este caso debemos preguntarnos cuál es el camino más seguro para educar a las masas.

Karl Liebknecht preguntaba: «¿Incluso en el Reichstag fue nuestra actividad parlamentaria totalmente inútil?». Pero a los delegados, portadores del fanatismo utópico de la militancia, no les importaba la autoridad de Rosa Luxemburg y



Liebknecht. Por 62 votos a favor y 23 en contra, la participación en las elecciones para la Asamblea Nacional fue rechazada. Detrás de esto se escondía no solo la voluntad de hacer un gesto manifiesto de rechazo al parlamentarismo burgués, sino que los delegados, en contraposición a sus dirigentes, pensaban que en pocas semanas la república burguesa sería superada mediante la acción revolucionaria de las masas. La resolución era indirectamente un llamamiento a las aventuras golpistas, y no tenía nada en común con el programa de Rosa Luxemburg.

Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht se enfrentaron el 30 de diciembre a la misma decisión que Dittmann y Haase diez días antes: o representar la línea política de la que estaban convencidos era la única correcta o respetar la traspasada organización del partido. Marx y Engels nunca hicieron la más mínima concesión a la opinión de la militancia ocasional del partido. Siempre siguieron sin contemplaciones su propio camino. La historia de la Liga Comunista lo demuestra, como también la de la Primera Internacional. Lenin habría escindido su partido cada ocho días si hubiera sido políticamente necesario. Pero los líderes de la revolución alemana consideraron que debían permanecer fieles a su organización por encima de todo. Al someterse a la disparatada decisión mayoritaria del Congreso, Rosa Luxemburg y Liebknecht entregaron la dirección efectiva del partido comunista y aprobaron de antemano cualquier acción que pudiera intentar cualquier banda de aventureros.

Las desastrosas consecuencias de la decisión contra la participación electoral se mostraron en el propio Congreso. Porque la decisión aniquiló las prometedoras negociaciones para una fusión de la Liga Espartaco con los delegados revolucionarios. El informe que Karl Liebknecht presentó al Congreso sobre las negociaciones es muy curioso. Liebknecht relató, entre otras cosas:

De repente, el camarada Richard Müller se levantó y declaró que, en primer lugar, debemos renunciar a nuestras continuas tácticas golpistas. Inmediatamente, le repliqué que parecía ser un representante del Vorwärts. Su comentario estaba fuera de lugar en tanto en cuanto todas las acciones emprendidas por la Liga Espartaco hasta el momento habían sido acciones decididas y llevadas a cabo por los propios delegados revolucionarios.

Formalmente, Liebknecht tenía mucha razón cuando rechazaba el ataque de Richard Müller. Porque la Liga Espartaco nunca había dado un «golpe» hasta entonces. No había provocado los sangrientos acontecimientos del 6 de diciembre ni los del 23 de diciembre. Por lo general, había llevado a cabo sus manifestaciones de acuerdo con los delegados revolucionarios. Pero los temores de Richard Müller también eran comprensibles. Porque los delegados revolucionarios de Berlín tenían detrás ciertamente grandes masas de trabajadores, y estos tenían cierta desconfianza hacia los elementos aventureros que por entonces se hacían pasar por espartaquistas tanto en Berlín como en el Reich.

Los delegados revolucionarios pusieron cinco condiciones para la fusión con el partido comunista: en primer lugar, la Liga Espartaco debía retirar su decisión

contra la participación electoral. En segundo lugar, la comisión programática del futuro partido unificado debería estar compuesta por ambas tendencias de forma paritaria. En tercer lugar, la Liga Espartaco, junto con los delegados revolucionarios, debía «precisar su táctica en la calle». En cuarto lugar, los delegados revolucionarios exigían una influencia con poder de decisión en la prensa y las octavillas del partido comunista. En quinto lugar, el nombre complementario «Liga Espartaco» debía desaparecer del nombre del nuevo partido.

Con estas bases, la unificación no era posible y las negociaciones se rompieron. Ambas tendencias estaban en principio de acuerdo, pero Liebknecht, en las negociaciones con los delegados revolucionarios, estaba atado por la aventurera decisión mayoritaria del congreso de su partido, y los delegados revolucionarios, por su parte, temían experimentos descontrolados, no de los propios Liebknecht y Rosa Luxemburg sino de su militancia, y contra esto querían salvaguardarse. Si bien Däumig, Ledebour y Richard Müller querían hacer política comunista, no querían tener nada que ver con el tipo de gente que en aquellos momentos se la señalaba públicamente como «espartaquista». La aversión llegó hasta el punto de que incluso la palabra «Espartaco» debía desaparecer del nombre del partido. Por lo tanto, los dos partidos socialistas de izquierda, en su azarosa composición organizativa, seguían llenos de contradicciones internas y, de todas formas, incapaces de actuar. En realidad, el curso de los acontecimientos de enero de 1919 solo puede entenderse si se comprende que, en ambos partidos, tanto en el USPD como en el KPD, las direcciones eran igual de impotentes.

Tras la dimisión de los Comisarios del Pueblo Dittmann, Haase y Barth, lo primero que había que hacer era completar el equipo gubernamental del Reich. El Consejo Central nombró a los socialistas mayoritarios Wissell, Noske y Löbe como nuevos Comisarios del Pueblo. Löbe rechazó la elección. Los otros dos tomaron posesión de su cargo. Wissell era uno de los economistas más capaces del partido. Noske había sido enviado a Kiel por el gobierno de Max von Baden al principio de la revolución. Allí supo ganarse la confianza de los marineros revolucionarios y encauzar el movimiento hacia vías controladas. Sus actividades en Kiel lo habían dado a conocer en toda Alemania. En aquel momento, la elección de Noske como Comisario del Pueblo no significaba todavía una provocación para el sector radical de la clase trabajadora.

A continuación de la dimisión del gobierno del Reich por parte de los Comisarios del Pueblo independientes, los ministros de los socialistas independientes de Prusia y de los demás estados federados también renunciaron a sus cargos. Por todas partes, los socialistas mayoritarios se quedaban en el poder solos o en alianza con el centro democrático burgués. Una excepción fue el primer ministro bávaro Eisner. Aunque también era miembro del USPD, siguió una política totalmente independiente y no se dejó obstaculizar por los vaivenes de la dirección del partido. Desde finales de año, la línea de la política bávara se separó de la del resto del Reich. La clase obrera socialista bávara trató de evitar la escisión y de llevar a cabo una política democrático-socialista de forma unificada, primero bajo la



dirección de Eisner y luego, tras la muerte de este, manteniendo su línea durante un tiempo, hasta que la proclamación de la República soviética bávara en abril lo estropeó todo.

A la dimisión de los Comisarios del Pueblo independientes y de los ministros en el Reich y en Prusia, etc., siguió la de casi todos los altos cargos políticos pertenecientes al USPD. Solo se dieron algunas excepciones. La más importante se refería al jefe de policía de Berlín, Eichhorn. Se negó a declarar su dimisión. Por el contrario, estaba decidido a defender su cargo a toda costa y a cualquier riesgo. Desde el punto de vista político, la actitud de Eichhorn es realmente incomprendible. Era un independiente radical en la línea de los delegados revolucionarios. La presidencia de la policía de Berlín era quizás el órgano ejecutivo más importante del gobierno prusiano. Fue precisamente la tendencia de Eichhorn la que rechazó cualquier cooperación con los socialistas mayoritarios en el gobierno. Desde el principio, los delegados revolucionarios habían exigido una oposición consecuente e intransigente. Consideraban una traición si, como socialista, se cooperaba con los

«Scheidemann». Pero si Eichhorn seguía siendo jefe de policía, tendría que cumplir las instrucciones del ministro del Interior, socialista mayoritario, y, en determinadas circunstancias, hacer fusilar a sus propios amigos del partido. Eichhorn, en particular, debería haber anunciado su dimisión con especial energía y celeridad con el cambio de año. Pero decidió quedarse. No precisamente para servir a los ministros socialistas mayoritarios, sino para entrar en conflicto con ellos. Eichhorn veía su posición en la jefatura de policía de Berlín como una posición de poder del proletariado revolucionario que no debía ser eliminada. Si se acepta esta postura, los cargos de los independientes en el Consejo de Comisarios del Pueblo eran *a fortiori*<sup>1</sup> posiciones de poder de la clase obrera revolucionaria, y Dittmann y Haase no deberían haber abandonado en ningún caso el gobierno del Reich.

Lógica y políticamente, la permanencia de Eichhorn en su puesto no era en modo alguno justificable. Más tarde se buscó la excusa diciendo que en cualquier democracia decente, la policía debe ser un asunto municipal. En consecuencia, el jefe de la policía de Berlín no debía responder ante el gobierno estatal, sino solo ante la autoridad municipal de la clase obrera de Berlín, el Consejo Ejecutivo. La teoría de la policía municipal en sí misma es muy bonita, pero en un período revolucionario el jefe de policía de la capital solo es concebible como un órgano del Gobierno. El Gobierno prusiano, dominado por los socialistas mayoritarios, no quiso tolerar a su provocador oponente en la Jefatura de policía de Berlín. El 4 de enero de 1919, el ministro del Interior prusiano en funciones despidió a Eichhorn. Pero Eichhorn se negó a marcharse y de ahí surgieron luchas de importancia histórica.

Solo en la Revolución alemana, con su desesperante confusión y atraso

---

<sup>1</sup> «Con mayor motivo».

político, con la falta de claridad política de casi todas las personas y tendencias implicadas, fue posible que estallaran las crisis más graves por los 80000 marcos de los marineros y por los caprichos de Emil Eichhorn.

Cuando se conoció la destitución de Eichhorn en Berlín, fue recibida con indignación por los trabajadores radicales. Se registraba un nuevo golpe del gobierno de Ebert-Scheidemann contra la oposición. Inmediatamente, se producen negociaciones entre las principales tendencias del socialismo opositor berlinés. Entre ellos se encuentran no solo los delegados revolucionarios y la Liga Espartaco, sino también el USPD oficial. Se llega a un acuerdo para un llamamiento conjunto que se difunde en Berlín la mañana del 5 de enero. El llamamiento decía, entre otras cosas:

¡Trabajadores, camaradas del partido! Con la ayuda de las bayonetas, el gobierno de Ebert, con sus cómplices en el ministerio prusiano, quiere apuntalar su poder y asegurarse el favor de la burguesía capitalista, de la que han sido representantes de sus intereses, disfrazados desde el principio. Con este golpe, dirigido contra la Jefatura de policía de Berlín, se pretende golpear a todo el proletariado alemán, a toda la revolución alemana. ¡Trabajadores, camaradas del partido! ¡No podéis tolerar esto! Por lo tanto, ¡salgamos a manifestarnos masivamente! Mostrad vuestra fuerza a los que hoy detentan el poder, demostrad que el espíritu revolucionario de los días de noviembre no se ha apagado aún en vosotros.

¡Hoy, domingo, reuníos a las dos para emprender imponentes manifestaciones masivas en la Siegsallee! ¡Marchad en masa! Por vuestra libertad. Por vuestro futuro. Por el destino de la revolución. Abajo la tiranía de Ebert, Scheidemann, Hirsch y Ernst. Viva el socialismo revolucionario internacional.

Se podría dedicar una tesis doctoral al problema de si este llamamiento exhortaba o no a la insurrección armada. Si se interpretan las frases del llamamiento de forma literal, entonces solo se llama a los trabajadores de Berlín a «manifestaciones masivas». Pero del mismo modo, los trabajadores sin formación filológica podían extraer de ellas el llamamiento a romper por la fuerza el dominio de Ebert y Scheidemann.

Hubo una gigantesca manifestación de la clase obrera radical de Berlín. Las masas marcharon desde la Siegesallee hasta la Alexanderplatz, donde Eichhorn se dirigió al pueblo desde el balcón de la Jefatura de policía. Algunos pelotones de asalto de espartaquistas armados volvieron a ocupar el edificio del *Vorwärts*, y esta vez para hacer todo el trabajo. Otras secciones capturaron las sedes de los periódicos de las editoriales Mosse, Scherl y Ullstein en el centro de Berlín. El sentimiento generalizado en Berlín era que la segunda revolución había comenzado. Los manifestantes revolucionarios, entre los que había muchos armados, dominaban las calles; no hubo ninguna muestra de reacción por parte del gobierno. El 6 de enero hubo otra enorme manifestación de trabajadores radicales en la Siegesallee, de nuevo convocada por las tres organizaciones aliadas. Se podría suponer que ahora las tres organizaciones constituirían conjuntamente un nuevo gobierno rojo y llevarían el levantamiento hasta el final.

Pero luego resultó que, en realidad, nadie quería la sublevación y, por lo visto,



había malentendidos en todas las partes. El USPD no pensaba en una sublevación ni hizo preparativos para ello. Todavía fue más sorprendente que la mayor parte de los delegados revolucionarios también mostraran una actitud totalmente pacífica. Däumig y Richard Müller no querían ninguna lucha armada, y su influencia provocó que las masas de trabajadores radicales de las grandes empresas de Berlín no tomaran parte en el levantamiento. En realidad, solo estaban decididos a luchar el pequeño grupo de partidarios personales de Eichhorn, que este había reunido en la Jefatura de policía, unos cuantos miles de espartaquistas utópico-radicales atrincherados en los edificios de los periódicos y, finalmente, una pequeña parte de los delegados revolucionarios con sus seguidores personales bajo la dirección de Ledebour y Scholze. Las tropas de Berlín fueron en general neutrales o simpatizantes del gobierno, incluso la División de Marina del Pueblo descubrió de repente su lealtad al acuerdo y proclamó su neutralidad.

Ya en la tarde del 6 de enero era evidente el lastimoso fracaso de la acción revolucionaria iniciada con tanta pasión. Rosa Luxemburg vio la falta de sentido de la empresa. La Liga Espartaco no inició la acción que había empezado en favor de un hombre del USPD, Eichhorn. Pero si el USPD y los delegados revolucionarios seguían adelante, los comunistas no podían quedarse atrás. Cuando las otras partes abandonaron, Liebknecht y Rosa Luxemburg se sintieron en el deber de resistir con los trabajadores que seguían luchando. Ambos sacrificaron sus vidas por una acción cuya inutilidad estaba clara para ellos.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Rosa Luxemburg y la Acción de Enero: Paul Levi pronunció un discurso ante el Comité Central del KPD el 4 de mayo de 1921 en el que justificó su crítica a la Acción de Marzo de 1921. Levi publicó el discurso en forma de panfleto. (*Was ist das Verbrechen?* [¿Cuál es el crimen?]). En el transcurso de su discurso, Levi también habló de enero de 1919:

«Se me ha objetado además que la actitud de Rosa Luxemburgo en el levantamiento de enero de 1919 fue diferente después de todo [...]. Se dice que Rosa Luxemburg también estaba en contra de la acción en ese momento y, sin embargo, escribió artículos y llamamientos (a favor de la acción) [...]. Yo también me opuse al movimiento en esa época, y también escribí folletos y artículos por entonces, ¿y por qué? Desde el punto de vista totalmente diferente de que eran grandes masas las que erraban allí, las que empujaban a la ruina, y no un pequeño grupo de líderes de masas que no se equivocan nunca [...]. El camarada Pieck estaba en aquella reunión en la Puttkamerstrasse cuando entramos en conflicto con la actitud de Karl Liebknecht. Se acuerda usted cómo de obstinado estaba Karl Liebknecht, y cómo Leo Jogiches fue en ese momento quien hizo la propuesta de publicar una declaración tajante en el Rote Fahne, todavía durante la acción, que se distanciaba claramente de Karl Liebknecht, que era simplemente declarar que Karl Liebknecht ya no representaba a la Liga Espartaco entre los delegados revolucionarios. Usted sabe exactamente la hostilidad de Rosa Luxemburg hacia el comportamiento de Karl, y como de agudas eran sus críticas. Ella habría venido con sus críticas en el momento en que la acción hubiera terminado».

Se puede ver la posición embarazosa y ambigua en la que se encontraba Rosa Luxemburg cuando defendía públicamente la Acción de Enero y al mismo tiempo la desaprobaba a puerta cerrada. Karl Liebknecht, como miembro del llamado gobierno revolucionario, estaba aún más involucrado en la acción, por lo que surgió un conflicto entre ambos en ese momento. Rosa Luxemburg opinaba que Karl Liebknecht apoyaba demasiado la acción. Pero en la ambigüedad general, ¿qué era hacer lo correcto y qué no? Sin duda, si Liebknecht y Rosa Luxemburg hubieran vivido más tiempo, el malentendido se habría aclarado pronto. Porque Karl Liebknecht, aunque a veces se dejaba llevar por la pasión de la lucha, nunca fue un utopista. Pieck fue un líder comunista,

El resto de los militantes y obreros que mantenían activa la lucha formaron un comité revolucionario, encabezado por Liebknecht, Ledebour y Scholze por parte de los delegados revolucionarios. Este fue, si se quiere, el contragobierno revolucionario contra Ebert y Scheidemann. Pero incluso en el Gran Berlín solo fue reconocido en unos pocos sitios y no tuvo ningún vínculo con el Reich.

Este curso de los acontecimientos fue lo peor que les pudo pasar a los socialistas revolucionarios. Se debería haber sabido exactamente qué se estaba haciendo los días 4 y 5 de enero. O bien se creía que aún no había llegado el momento de dar el golpe. En tal caso había que mantenerse a la defensiva, luchar contra el gobierno solo con los medios de la agitación y advertir a las masas contra los pasos precipitados. Si luego los grupos de utópicos entraban en acción bajo su propia responsabilidad, se podría, con la conciencia tranquila, negar toda atribución. O bien se decidía por la lucha abierta, en cuyo caso había que librarla unitariamente con todos los medios disponibles y con el mayor ímpetu. Un intento de insurrección más serio y más meditado hubiera sido mejor que el lamentable desmoronamiento del movimiento en enero. Por entonces, muchos trabajadores de Berlín todavía tenían armas o podían conseguir fusiles. Si el ejecutivo del USPD, junto con los delegados revolucionarios, hubiera llamado a los trabajadores de Berlín a las armas para salvar la revolución, muchos miles de trabajadores berlineses habrían respondido a esta llamada. De ser así se habría tomado sin esfuerzo el poder en Berlín los días 5 y 6 de enero. Luego se hubiera tenido que formar un nuevo gobierno, lo más amplio posible, con personalidades de confianza, y establecer contacto con Eisner, con Leipzig, Halle, Bremen, el Ruhr, etc. Es dudoso que, incluso en estas condiciones, los socialistas consecuentes hubieran podido ganar en todo el Reich. Pero al menos habría sido una política revolucionaria realista.

Ahora se quedaban solos los pocos miles de luchadores utópicos atraídos por el lenguaje ambiguo de los llamamientos y discursos del 5 de enero. La derrota del levantamiento era segura, y entre los derrotados políticos estaban todas las organizaciones que habían convocado la manifestación del 5 de enero, no solo los comunistas, sino también el USPD y los delegados revolucionarios.

La dirección de la Liga Espartaco se sacrificó por el infortunado movimiento. Los delegados revolucionarios no llevaron a cabo nada importante en los días críticos. Finalmente, el USPD quiso salvar lo que aún se podía salvar y ofreció su mediación a las partes combatientes. El gobierno del Reich aceptó de buen grado la mediación, pero, comprensiblemente, puso como condición previa que los edificios de los periódicos ocupados, sobre todo el *Vorwärts*, debían ser desalojados primero. Pero resultó que ningún poder del mundo podía desalojar pacíficamente a los ocupantes de los edificios del *Vorwärts* y de las demás editoriales. La iniciativa de mediación fracasó. La ocupación de los periódicos el 5 de enero fue un completo sinsentido. O los revolucionarios tenían el poder en Berlín o no lo tenían. Si se tenía el poder, había que ocupar ante todo los edificios del gobierno en la

---

Leo Jogiches fue un destacado socialista polaco que trabajó en las filas de la Liga Espartaco durante la guerra y al principio de la revolución. En marzo de 1919 fue «abatido a la fuga» por la policía en Berlín.





Wilhelmstrasse, y entonces se podrían suprimir los periódicos incómodos con un solo decreto. Pero si no se controlaba Berlín, la ocupación del *Vorwärts* no servía de nada. Pero como se ha subrayado anteriormente, el edificio del *Vorwärts* tenía el valor de símbolo político para los trabajadores utópico-radicales. Ahora se habían apoderado del símbolo por segunda vez y no querían renunciar a él. De este modo, el fanatismo utópico de las ocupaciones espartaquistas llevó a que la lucha continuara hasta el límite.

El gobierno de los Comisarios del Pueblo, prácticamente indefenso en Berlín el 5 de enero, se decidió entonces a formar a toda prisa una tropa lista para actuar. Noske, Comisario del Pueblo, recibió el mando supremo de las nuevas tropas gubernamentales formadas para sofocar el levantamiento de Berlín. Cuando Noske recibió la orden dijo que alguien tenía que ser el perro de presa y él quería asumir esa responsabilidad. No se podía esperar que el gobierno, dotado de la confianza de la gran mayoría del pueblo, capitulara ante unos cuantos miles de hombres armados. El uso de la fuerza contra los utopistas era inevitable. La culpa de Noske no reside en el hecho de haber asumido la responsabilidad de la supresión del levantamiento. Sus errores en enero y los meses siguientes no están en absoluto en el terreno de lo moral, sino de lo político. El desastre para la República alemana no vino del hecho que Noske utilizara la violencia, sino con qué tropas la utilizó.

Las formaciones que se pusieron al servicio del gobierno en la semana posterior al 6 de enero se dividían en dos campos que brevemente pueden describirse como las tropas democráticas y las contrarrevolucionarias. Los acontecimientos de las últimas semanas habían convencido a muchos trabajadores y funcionarios del partido socialista mayoritario de que no podían prescindir de una fuerza armada. De este modo, se formaron en Berlín varios cuerpos de voluntarios (*Freikorps*), compuestos casi en su totalidad por trabajadores socialistas mayoritarios. El redactor del *Vorwärts*, Kuttner, fue especialmente celoso en el establecimiento de estas tropas. Los voluntarios socialistas fueron organizados en tres regimientos que ahora llevarían a cabo la lucha contra los espartaquistas. Además, fue posible activar al menos una parte de las guarniciones de los restos del antiguo ejército que permanecían en los cuarteles. Estas unidades también eran de mentalidad democrática y estaban del lado de los socialistas mayoritarios.

Pero Noske no puso el énfasis principal en estas formaciones democráticas, sino en otras unidades formadas por oficiales del antiguo ejército situadas cerca de Berlín. Desde el principio, el Mando Supremo del Ejército y los generales habían estado esperando una situación en la que pudieran aplastar, por orden de Ebert, a los trabajadores radicales. El primer intento de este tipo se había realizado en los días de Navidad en Berlín en la lucha contra los marineros. Había fracasado. Ahora se repetía el experimento sobre una base más amplia y con medios más fuertes. Providos de los medios y la autoridad del gobierno republicano, una serie de oficiales del antiguo ejército comenzaron con el reclutamiento de voluntarios. Organizaron *Freikorps* que debían obedecer incondicionalmente a sus jefes y cuya esencia determinaban los oficiales. Los voluntarios estaban formados, en general,

por desempleados o gente joven con ganas de luchar y de aventura. Se sentían la herencia del viejo ejército prerrevolucionario y pronto desarrollaron un fuerte espíritu de cuerpo. Los oficiales de los *Freikorps* estaban henchidos de un odio apasionado hacia la revolución que había destrozado el antiguo ejército y el antiguo imperio. Si tenían que servir a los socialistas mayoritarios por el momento, tanto más dispuestos estarían para ajustar cuentas con el espartaquismo, al que entendían como la suma de todas las facetas insurreccionales y radicales. En primer lugar, había que restablecer la paz y el orden en Alemania erradicando el espartaquismo, luego seguirían adelante.

Los combates entre las tropas gubernamentales y los insurgentes duraron en Berlín hasta el 12 de enero. Uno tras otro, las tropas gubernamentales reconquistaron los edificios de los periódicos y la Jefatura de policía ocupados por los insurgentes. La tarea militar no fue difícil, ya que la masa de los obreros de Berlín no había participado en la lucha y solo tenían de frente a unos pocos miles de insurgentes, mal dirigidos y repartidos en varios edificios. Si se siguen las operaciones militares detalladamente en la semana de la sublevación de Berlín, está claro que el trabajo principal fue realizado por las tropas democráticas del gobierno. Sin duda habrían podido sofocar la sublevación por sí mismos, sin la ayuda de los *Freikorps* dirigidos por los antiguos oficiales.

En ese momento, Noske, Ebert y Scheidemann cometieron el error decisivo. Deberían haberse apoyado ante todo en las tropas socialistas-democráticas que se estaban formando en Berlín. Podrían haberse organizado formaciones similares de obreros y socialistas leales al gobierno en Breslau, Magdeburgo, Hannover, Hamburgo, etc. Con 10000 voluntarios de confianza en Berlín, con mentalidad republicana y democrática, y 50000 en el Reich, el gobierno podría haberse mantenido firme y no habría necesitado convertirse en prisionero de la contrarrevolución militar. Inmediatamente después del final de una guerra en la que millones de trabajadores socialistas habían tomado las armas, debía de ser posible, con algo de buena voluntad y un poco de energía, levantar una fuerza de defensa republicana de este tipo. Pero los hombres del gobierno socialista mayoritario no se atrevieron a emprender una empresa militar semejante. Creyeron en las promesas de los oficiales y pensaron que solo las tropas al viejo estilo serían realmente útiles. Después del 13 de enero, todavía existía la posibilidad de crear un ejército democrático en Alemania. Pero al cabo de unas pocas semanas se podía ver que el desarrollo iba por otro lado. Los oficiales del antiguo ejército siguieron organizando nuevos *Freikorps*, se dejaron marchitar los primeros brotes de las unidades democráticas y la República alemana tuvo pronto un ejército contrarrevolucionario dirigido por oficiales imperiales.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Volkmann se puso del lado de los antiguos oficiales y sus *Freikorps* con todas sus simpatías. Sin embargo, sobre la resolución de las luchas de enero, escribiría:

«El soldado decide el juego. No los *Freikorps* del general von Lüttwitz, sino los montones de indisciplinados de los cuarteles de Berlín y Potsdam y algunas unidades de combate republicanas reunidas en los últimos días. No pueden reprimir su repentino coraje para la



Las luchas de enero de 1919 fueron el punto de inflexión decisivo de la revolución alemana, pues fue entonces cuando se rompió la fuerza ofensiva del sector radical de la clase obrera. Los beneficiarios de la victoria fueron solo aparentemente los socialistas mayoritarios, pero en realidad lo fueron los oficiales y a través de ellos la burguesía. Un crítico ingenioso ha descrito acertadamente los acontecimientos de enero como la Batalla del Marne de la revolución alemana. Al igual que la gran ofensiva del Ejército alemán se detuvo en el Marne y la decisión de septiembre de 1914, una vez tomada, no pudo ser revisada después, lo mismo ocurrió con la revolución alemana desde enero de 1919. La decisión que se tomó entonces resultó ser definitiva y no pudo ser modificada por todos los esfuerzos posteriores.

Lo que la República alemana podía esperar de sus tropas quedó demostrado inmediatamente después de la derrota de la insurrección de enero con el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. De los líderes del levantamiento, Eichhorn y Scholze habían logrado salir de Berlín. Ledebour fue detenido. Más tarde fue llevado ante un tribunal de jurado, se defendió de manera brillante y consiguió su absolución. Liebknecht y Rosa Luxemburg podrían haber salido a tiempo fácilmente de Berlín y ponerse a salvo en el Reich. Pero por un erróneo concepto del honor no quisieron «huir» y permanecieron en Berlín, a pesar de que todo el odio de la burguesía y de los oficiales se concentraba en los dos «principales agitadores» espartaquistas.

Los grandes revolucionarios del pasado sabían lo que su persona significaba para el movimiento. Nunca escatimaron esfuerzos para abandonar el lugar de origen cuando el interés de la causa lo exigía. Marx y Engels se fueron a Inglaterra en 1849 sin ningún reparo de conciencia, ni se les ocurrió enfrentarse a los tribunales de la contrarrevolución alemana. Lenin abandonó Petersburgo en el verano de 1917 para escapar de las persecuciones del gobierno de Kerensky. Pasó a la clandestinidad en Finlandia y solo regresó cuando pudo aparecer de nuevo en

---

lucha. Están llenos de celos de los guardias de Noske y quieren adelantarse a ellos. No quieren ser dejados de lado.

[...] Después de 24 horas se ha eliminado el caos en la Comandancia y se ha establecido el orden entre las unidades de la guarnición de Berlín y Potsdam hasta tal punto que se puede ordenar al mayor von Stephani, comandante del regimiento compuesto por las formaciones de Potsdam, que ataque el edificio del *Vorwärts*.

[...] En el barrio de los periódicos luchan los soldados republicanos socialistas mayoritarios y el regimiento “Reichstag”, formado por el editor del *Vorwärts*, Kuttner y los trabajadores dispuestos a luchar [...]. En la noche del 11 al 12 de enero, se lanza el ataque contra el último bastión hasta ahora no conquistado, la Jefatura de policía. Los “escarabajos” (*Maikäfer*), bajo el mando del *Feldwebelleutnant Schulze*, que de todos los regimientos de Berlín siempre han estado más honestamente al lado del gobierno de Ebert, llevan aquí el peso de la lucha».

[*Maikäfer* es una especie de escarabajo del que tomó su nombre un Regimiento de Fusileros alemán en 1827. Este Regimiento siguió existiendo hasta el final de la 1ª Guerra Mundial, cuando fue desmovilizado con el conjunto del Ejército alemán. Hasta su desaparición, se mantuvo fiel al gobierno republicano. *Feldwebelleutnant*, «teniente sargento» literalmente, era el rango de oficial más bajo en el ejército alemán desde 1877. El rango fue abolido en el Reichswehr en la primavera de 1920]. [N. del T.].

Petersburgo sin peligro. Rosa Luxemburg era una mujer brillante y la mejor cabeza teórica del movimiento obrero alemán, pero todavía conservaba en su interior ciertos restos de «respetabilidad» pequeñoburguesa. Así se explica su obediencia frente a la mayoría de la organización, su participación en la insensata acción de enero, en la que también quiso mantenerse fiel a la organización, y finalmente su negativa a huir, que pagó con su vida.

El 15 de enero, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron detenidos y asesinados con engaños por un grupo de oficiales de los *Freikorps*. Los asesinos probablemente creían que eliminando a los líderes espartaquistas hacían un servicio a la patria. El gobierno de la república fue lo bastante corto de miras como para revivir, junto con el antiguo ejército, la antigua justicia militar. La investigación contra los oficiales culpables fue llevada a cabo por camaradas, y fueron juzgados por camaradas.<sup>4</sup> El resultado se correspondió con estas circunstancias. Los culpables fueron parcialmente absueltos, y en lo que respecta a su condena, se les ayudó a escapar.

La muerte de Luxemburg y Liebknecht fue una pérdida extraordinariamente grave para el movimiento obrero socialista, ya que ambas personalidades eran portadoras de un socialismo científicamente fundado, sensible a las circunstancias reales y coherentes. Si hubieran vivido más tiempo, habrían tenido que separarse de los utópicos en el propio partido, y se hubieran convertido en los líderes adecuados del decidido movimiento socialista de millones de proletarios alemanes. Sobre todo, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, como líderes del KPD, nunca habrían permitido que se les utilizara como instrumentos de la política estatal rusa. Habrían tenido suficiente autoridad para mantener a raya el llamado leninismo después de 1921. El desastroso desarrollo que convirtió al firme socialismo alemán en un siervo de la política rusa, llevándolo a la parálisis, quizá podría haberse evitado si Liebknecht y Luxemburg hubieran vivido más tiempo.

No hay la menor prueba de que los Comisarios del Pueblo socialistas mayoritarios desearan o aprobaran el asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburg. Por el contrario, el suceso del 15 de enero fue un terrible golpe para el gobierno de la República. El éxito moral que la derrota de la sublevación había aportado al gobierno fue echado a perder una vez más. La masa de los trabajadores alemanes se dio cuenta ahora con horror del tipo de tropas que habían sido llamadas por Ebert y Noske para proteger la República. La indignada oposición de una gran parte de los trabajadores alemanes al partido socialista mayoritario tuvo en realidad su punto de partida el 15 de enero de 1919. Aunque el acontecimiento estaba todavía demasiado reciente para influir de forma significativa en las elecciones a la Asamblea Nacional del 19 de enero, contribuyó de forma decisiva a que millones de trabajadores alemanes dieran la espalda al SPD. El hecho que el gobierno ni siquiera tuviera fuerzas para arrebatarse a la justicia militar el proceso contra los culpables, causó una impresión catastrófica entre el proletariado.

Una vez restablecida la «paz y el orden» en Berlín al superar la sublevación,

<sup>4</sup> *Kamerad* en el original. Rosenberg se refiere a «camarada» en el sentido militar: los compañeros del ejército, de la trinchera, de la unidad... [N. del T.].



siguieron las acciones correspondientes en el Reich. En la primera mitad de 1919, expediciones de castigo de tropas gubernamentales se dirigieron a Bremen y Hamburgo, a Leipzig, Halle y el distrito minero del centro de Alemania, a Brunswick, Turingia y varias veces a la zona del Ruhr. Hubo muchos pequeños combates y enfrentamientos locales. Sería una tarea tediosa y farragosa aclarar objetivamente la cuestión de la culpabilidad en cada una de estas acciones. Lo único históricamente importante es el significado político de todos estos sucesos.

Se da por sentado que, por encima de todo, Noske nunca ordenó a sus tropas que entraran en acción sin razones y quejas concretas. El motivo de la intervención de las tropas gubernamentales solía ser el malestar local, la violencia o los ataques de la izquierda. Sin embargo, hay una intención muy concreta en el hecho de que las expediciones de las tropas gubernamentales alcanzaran, una tras otra, todas aquellas zonas de Alemania en las que los consejos todavía ejercían un poder local sustancial. La burguesía y los hombres del gobierno socialista mayoritario opinaban que, desde las elecciones a la Asamblea Nacional, los consejos se habían vuelto innecesarios y ahora tocaba restablecer en todas partes la Administración ordenada de viejo estilo.

Allí donde los consejos podían seguir funcionando y no cedían terreno a la burocracia, se producían ciertamente enfrentamientos y desórdenes. En las ciudades, donde el consejo obrero todavía tenía poder, su autoridad no solía ser muy fuerte. Tras la desmovilización del antiguo ejército y la desaparición de los consejos de soldados, los consejos obreros no disponían de ninguna tropa aprovechable. Limitados entre la resistencia burocrático-burguesa por un lado, y los intentos utopistas por el otro, pudieron desarrollar poca fuerza. Un gobierno que hubiera captado el sentido de la nueva democracia popular se habría esforzado por reforzar los consejos y mostrarles la forma adecuada de ejercer el poder ejecutivo. Sin embargo, Ebert y Noske, en consonancia con la burguesía y los generales, solo veían en la actividad de gobierno de los consejos obreros agitación y desorden, especialmente cuando se producían huelgas, manifestaciones o incluso acciones individuales golpistas en los lugares respectivos.

La resistencia contrapuesta a las tropas gubernamentales en estas expediciones no fue significativa. Sin embargo, casi todas las intervenciones de las tropas gubernamentales costaron víctimas mortales en las filas de la clase trabajadora. De cada ciudad ocupada por los voluntarios llegaron quejas sobre los ataques de las tropas gubernamentales. Se produjeron malos tratos y disparos incluso a trabajadores no implicados. Se impuso el estado de sitio en zonas especialmente agitadas, se restringió la libertad de prensa y de organización de actos en ellas, se puso bajo custodia a los opositores, se maltrató a los detenidos en la cárcel, e incluso muchos fueron «abatidos a la fuga» (*Erschiessungen auf der Flucht*).

Estos movimientos y luchas locales fueron especialmente violentos hacia finales de febrero y principios de marzo de 1919. En marzo, una asamblea general de los consejos obreros de Berlín decidió una huelga general en señal de protesta. El objetivo político de esta y otras acciones similares era la aplicación de la sociali-

zación, estancada por completo, y la disolución de las tropas de voluntarios. La División de Marina del Pueblo todavía se encontraba en Berlín. Pero ahora temía que fuera disuelta por los oficiales competentes en la reorganización del ejército alemán. Así, con motivo de la huelga general, la mayor parte de los marineros iniciaron un levantamiento contra el gobierno. Sin embargo, solo unos pocos trabajadores de Berlín se unieron a la sublevación. La dirección de la huelga estaba a cargo del viejo círculo de delegados revolucionarios (Däumig, Richard Müller). No tenían nada que ver con el levantamiento. Las tropas gubernamentales, muy superiores en número, pudieron someter a los marineros sin mucho esfuerzo. Al principio del levantamiento de Berlín, se difundieron horribles rumores sobre supuestas atrocidades cometidas por los insurgentes. Esto convenció a Noske para emitir un decreto funesto. Decretó que cualquier insurgente sorprendido con un arma en la mano debía ser fusilado. Noske quería usar este decreto como elemento disuasorio y acabar rápidamente con la sublevación. Pero debería haber conocido mejor la mentalidad de sus voluntarios y lo que podría causar este decreto de los disparos. La supresión del levantamiento de marzo en Berlín fue acompañada de fusilamientos masivos. Murieron muchas personas que no tuvieron nada que ver con él. El peor caso de este tipo está relacionado con el nombre de un teniente, Marloh, de las tropas gubernamentales. Un grupo de treinta miembros de la División de Marina del Pueblo que no habían participado en la sublevación, querían cobrar su salario pacíficamente. Marloh hizo que los marineros fueran rodeados, arrestados y fusilados.

Ante este curso de los acontecimientos, la clase obrera alemana tuvo la sensación de una contrarrevolución victoriosa. Los trabajadores sentían que la revolución había sido inútil y ahora habían vuelto a las manos de los oficiales y los capitalistas. Con menos garantías legales de las que habían tenido los trabajadores en los tiempos del káiser, incluso durante la guerra. En el año que siguió a las elecciones a la Asamblea Nacional, la socialdemocracia mayoritaria perdió cerca de la mitad de sus partidarios. El USPD experimentó un fuerte ascenso gracias al rumbo de Noske. Los trabajadores que dieron la espalda a la socialdemocracia mayoritaria por indignación, no quisieron saber nada más de política o se unieron al Partido Independiente. Este renacimiento del USPD en 1919 fue en realidad un proceso poco natural. Porque el partido era una estructura desordenada, desgarrada por las más profundas contradicciones internas y, en realidad, madura para su hundimiento desde hacía tiempo. Pero ahora la indignación con Ebert, Scheidemann y Noske creó para el USPD una unidad ficticia. El *Freiheit* de Berlín, brillantemente editado por Hilferding, con su despiadada crítica al gobierno y al socialismo mayoritario, se convirtió en el portavoz de una parte cada vez más amplia de la clase obrera socialista alemana.

Tras las luchas de enero de 1919, el Partido Comunista se vio abocado a la ilegalidad en casi toda Alemania. Tras la muerte de Rosa Luxemburg, la dirección intelectual del partido fue asumida por Paul Levi, que pronto entró en conflicto con el ala utopista del partido. La autoridad de la dirección central del partido



entre los afiliados era escasa. La dirección del KPD no participó en las acciones locales y en los intentos golpistas de los grupos obreros radicales. Curiosamente, el KPD no sacó ningún provecho de la radicalización de amplios sectores de trabajadores en 1919. Mientras el USPD crecía de forma constante, la influencia de los comunistas sobre los trabajadores no era mayor. Esto estaba relacionado con la desconfianza hacia el espartaquismo aventurero que existía, no solo entre la burguesía sino también entre la mayor parte del proletariado alemán. Paul Levi y sus amigos marxistas se dieron cuenta que el Partido Comunista debía en primer lugar separarse sin contemplaciones de los elementos aventureros y lumpenproletarios. Solo entonces el KPD podría convertirse en un movimiento de masas. En consecuencia, la dirección del KPD preparó poco a poco la escisión del partido.

El desarrollo político-militar asociado al nombre de Noske se extendió por toda Alemania desde finales de enero de 1919. Solo Baviera hizo una excepción. Aquí no hubo *Freikorps*, ni reconstrucción del viejo sistema militar, ni armamento de la burguesía y, sobre todo, ninguna guerra de los socialistas entre sí. Este desarrollo especial de Baviera fue principalmente obra del primer ministro Eisner. Es muy destacable que Eisner gozara de la confianza de los sectores revolucionarios de los trabajadores, aunque fuera al menos tan cauto como Ebert y Scheidemann en la cuestión de la socialización. De ello se desprende que en la revolución alemana las mentes estaban mucho más divididas sobre la cuestión de la democracia que sobre la cuestión de la forma económica. El gobierno bávaro dirigido por Eisner no pronunció lloriqueantes sermones morales al pueblo, sino que trató de estimular la nueva democracia con energía y optimismo. El propio Eisner, en particular, dejó probado ser un maestro a la hora de mostrar en sus discursos a los consejos sus tareas para el futuro. A diferencia del resto del Reich, Baviera había conseguido incluir al menos a una parte del campesinado en la organización de los consejos. La Liga de los Campesinos, influyente sobre todo en el sur del país, había reconocido su apoyo a la Revolución y a los consejos y encarnaba la idea de los consejos en los pueblos. Además, en los cuarteles de Baviera permanecía un mayor porcentaje de tropas que en el Reich, y la energía revolucionaria de los soldados bávaros era considerablemente mayor. Eisner pudo contar no solo con los consejos obreros, sino también con los consejos de soldados y campesinos, que permanecían activos incluso después de la Navidad de 1918. Hizo todo lo posible para seguir adelante con los consejos bávaros.

Naturalmente, las dificultades fueron aumentando poco a poco también para Eisner. El curso regresivo de la revolución alemana también ejerció su influencia en Baviera. Una gran parte de los campesinos bávaros pertenecientes al *Zentrum*, así como la clase media liberal urbana, no querían saber nada de un gobierno basado en los consejos. E incluso entre los socialistas mayoritarios había suficientes funcionarios de la vieja guardia que pretendían adaptar el desarrollo bávaro al del Reich. El representante de estos socialistas mayoritarios en Baviera, que a grandes rasgos estaba en la línea de Ebert y Scheidemann, era el ministro del Interior, Auer. Las tendencias opuestas del socialismo alemán se personificaron en

ambos compañeros de ministerio bávaros.

Eisner tuvo que dar su consentimiento para que se eligiera un Parlamento en Baviera. Pero estaba decidido resueltamente a salvaguardar los derechos de la organización de los consejos junto al Parlamento. Las elecciones se celebraron en Baviera el 12 de enero de 1919. Los partidos revolucionarios a favor de los consejos recibieron 80 escaños, aunque el SPD se cuenta enteramente en este grupo. Los partidos burgueses obtuvieron 100 escaños. En detalle, el *Zentrum*, que en Baviera se presentó bajo la bandera local del «Partido Popular de Baviera», obtuvo 66 escaños, los demócratas 25 y los conservadores 9. En el otro bando, el SPD obtuvo 61 escaños, la Liga de los Campesinos 16 y el USPD solo 3. Fue desagradable para Eisner que su propia organización oficial, la Socialdemocracia Independiente, hubiera recibido tan pocos votos. Pero su política también fue aprobada por la mayoría de los socialdemócratas bávaros, por la Liga de Campesinos y, sobre todo, por los soldados rojos y los consejos. Si el bloque de los tres partidos defensores de los consejos, bajo el liderazgo de Eisner, lograba mantenerse unido, tenía el 45 % de los escaños en el Parlamento estatal. Eso bastaba si los trabajadores y soldados armados se unían a ellos.

Eisner y sus colegas permanecieron tranquilamente en el cargo después de las elecciones. Pero la agitación en los círculos burgueses contra Eisner se intensificó, especialmente en la prensa burguesa, y el ala conservadora de los socialistas mayoritarios se volvió vacilante. El 21 de febrero, cuando Eisner se disponía a ir a la inauguración del recién elegido Parlamento, fue asesinado por un estudiante antirrevolucionario fanático, un tal Conde Arco. En la persona de Eisner, la revolución alemana y sobre todo los trabajadores socialistas alemanes perdieron al único estadista creativo que había surgido desde noviembre de 1918. En el período de impotencia y mediocridad que se avecinaba, Eisner iba a ser echado mucho de menos.

La noticia del asesinato de Eisner creó una tremenda agitación entre los trabajadores y soldados de Múnich. Un resentido partidario de Eisner entró por la fuerza en la sesión del Parlamento donde se celebraba el mitin fúnebre por el asesinato, disparó al ministro del Interior, Auer, y mató a un diputado burgués. Auer era tan inocente de la muerte de Eisner como Scheidemann de la muerte de Liebknecht. Pero en ambos casos, los obreros radicales quisieron hacer recaer sobre el adversario político del muerto una complicidad moral en el hecho. Auer fue trasladado al hospital gravemente herido. El Parlamento estalló ante los sangrientos acontecimientos. Los obreros de Múnich se armaron, los soldados entraron en acción, el Congreso de los Consejos bávaros se volvió a reunir en Múnich y asumió el poder efectivo en el Estado.

El mejor testimonio de la personalidad de Eisner y de su trabajo como estadista es que, tras su muerte, las masas bávaras actuaron inicialmente de acuerdo con sus enseñanzas. El SPD, el USPD y la Liga de los Campesinos se reunieron y decidieron defender unidos la revolución bávara. Formaron un gobierno conjunto bajo la presidencia del socialista mayoritario Hoffmann, sustentado en los consejos y los





soldados rojos.

Cuando los ánimos se calmaron, el Parlamento fue convocado en Múnich para un período de sesiones muy breve. Bajo el efecto de las masas revolucionarias armadas, la mayoría burguesa del Parlamento decidió expresar su confianza en el gobierno socialista y otorgarle los poderes necesarios. Baviera mantuvo la calma. El gobierno del Reich y la Asamblea Nacional de Weimar consideraron, comprensiblemente, que los acontecimientos bávaros eran de lo más indeseables. Pero ante la imponente actitud de los obreros, soldados y campesinos bávaros, no se atrevieron a intervenir. En marzo de 1919, parecía como si la revolución se hubiera consolidado solo en Baviera, mientras que en el resto de Alemania los logros revolucionarios se desmantelaban a toda velocidad. Baviera ofreció el modelo de una combinación sensata entre los consejos y la legalidad parlamentaria.

Es dudoso si, a la larga, hubiera sido posible continuar con el desarrollo especial de Baviera junto con la tendencia por completo diferente del resto de Alemania. Sin embargo, el descalabro desolador de abril no habría sido posible si Eisner hubiera continuado con vida o si el proletariado bávaro hubiera podido disponer de una personalidad de su talla. Los nuevos ministros socialistas eran hombres totalmente leales y entregados a la causa revolucionaria. Pero ninguno de ellos tenía la autoridad y el empuje que habrían sido necesarios en las circunstancias especialmente difíciles de Baviera. Como demostraron los resultados electorales del 12 de enero, el partido socialista mayoritario era muy superior en número a las demás tendencias socialistas. En Baviera había aproximadamente un independiente o comunista por cada veinte socialistas mayoritarios. Pero precisamente porque el SPD de Baviera tenía detrás a casi todo el proletariado, también tenía en su seno todas las tendencias que en el resto de Alemania habían buscado otras formas organizativas. Las personas que en Berlín habrían seguido a los delegados revolucionarios o al ala utópico-radical de la Liga Espartaco, en Baviera se señalaban como socialistas mayoritarios.

A principios de abril, una ola de utopismo desenfrenado se levantó en Baviera y consumió la obra de Eisner. Pero era un utopismo que emanaba de los funcionarios y trabajadores socialistas mayoritarios. Los obreros utópico-radicales de Baviera estaban descontentos con el estado de cosas existente. Vieron en la coexistencia de los consejos y el Parlamento un proyecto a medias tintas que no podía durar mucho tiempo. Al mismo tiempo, se había proclamado la república soviética en Hungría. Los trabajadores de la vecina Austria estaban en plena efervescencia y se esperaba que Viena siguiera el ejemplo de Budapest. Desde Austria, la ola se dirigió al sur de Baviera. Los utopistas de Augsburgo y Múnich pensaron que también había llegado el momento para ellos y había que proclamar la república soviética en Baviera. En realidad, Baviera ya era una república soviética desde la Revolución de Noviembre de Eisner, pero una república soviética racional, como correspondía a las condiciones reales. Por otra parte, la nueva república soviética que ahora se iba a proclamar iba a traer no solo la eliminación formal del parlamento, sino al mismo tiempo una fantástica abolición de toda propiedad privada y

una guerra de propaganda contra el resto de Alemania. Mientras que Eisner había logrado ganarse o al menos neutralizar a los campesinos bávaros, la nueva república soviética despertaría la amarga hostilidad de todo el campesinado y las clases medias de Baviera. Desgarraría la unidad del proletariado, hasta entonces preservada a través de todas las crisis, y provocaría la intervención del Reich.

En toda revolución hay que contar con arrebatos utopistas. Pero la disciplina revolucionaria debe ser lo suficientemente fuerte como para mantenerse firme ante ellos. Sin embargo, en Baviera, tras la muerte de Eisner, no había nadie que pudiera controlar a las masas en un momento crítico. Ni siquiera la organización socialista mayoritaria, que en aquella época en Baviera aglutinaba pacíficamente todas las tendencias de la clase obrera, desde la línea de Noske hasta el bolchevismo, pudo resistir la ola utópica.

Fueron precisamente los funcionarios socialistas mayoritarios quienes exigieron la unidad del proletariado y la proclamación de la república soviética en Augsburgo y Múnich. La resistencia fue débil en el sur de Baviera. El 7 de abril, la nueva república soviética había triunfado en Múnich. El USPD no creía que pudiera escapar al movimiento de las masas. Por otro lado, los comunistas de Múnich, bajo la dirección de Leviné, mostraron una actitud razonable y adecuada. Declararon que la nueva república soviética bávara era una comedia deplorable que, además, provenía de personas que hasta entonces habían sido los más feroces opositores al comunismo. Por esta razón, el KPD rechazó al principio cualquier participación en la república soviética. La lista de los nuevos Comisarios del Pueblo bávaros tenía un aspecto bastante triste. En la confusión general que reinaba entonces en Múnich, se habían abierto paso oscuros aventureros, personajes abiertamente patológicos algunos de ellos. Gente de este tipo querían ahora dirigir la república soviética bávara como Comisarios del Pueblo. Solo había un hombre destacable entre los nuevos Comisarios del Pueblo, el filósofo anarquista Landauer quien, sin embargo, solo estaba interesado en cuestiones éticas y culturales y sin posibilidad de dominar la locura política.

El norte de Baviera no se unió a la república soviética. El presidente socialista mayoritario, Hoffmann, se negó comprensiblemente a reconocer la república soviética de Múnich. Él y los demás ministros socialistas mayoritarios se dirigieron a Bamberg, donde continuaron dirigiendo el funcionamiento del gobierno y prepararon el avance contra Múnich. Después de una semana, la aventura de la república soviética en Múnich había terminado, y los soñadores que habían querido hacer de Comisarios del Pueblo fueron depuestos. Pero ahora Leviné consideraba que era el deber del Partido Comunista ponerse en la brecha y salvar el honor del concepto de soviets. Organizó un nuevo gobierno soviético y, apoyado por una parte de los obreros y soldados de Múnich, trató de resistir a las tropas gubernamentales que se acercaban. Si la república soviética bávara era un sinsentido el 7 de abril, no se convirtió en nada mejor ocho días después. No había ninguna razón para que Leviné y sus amigos revisaran su correcto juicio original, para hacer suya una causa completamente desesperada, y acrecentar extraordina-



riamente así la derrota del proletariado. Leviné estaba sujeto a escrúpulos similares a los de Rosa Luxemburg en enero. Un mal comprendido sentido del honor revolucionario parecía dictar que no se puede abandonar a las «masas», aunque tal táctica obligue a los marxistas a renunciar a su mejor comprensión, incluso a su propia existencia, a los caprichos de todo aventurero que forme un grupo de trabajadores radicales a su alrededor.<sup>5</sup>

El gobierno del Reich envió varios *Freikorps* contra Múnich para aplastar a la república soviética. Se les unieron las tropas voluntarias bávaras recién formadas. Los voluntarios bávaros, reclutados entre la burguesía y dirigidos por antiguos oficiales monárquicos, querían ajustar cuentas en Múnich con toda la revolución bávara y la obra de Eisner. El resentimiento de las fuerzas gubernamentales aumentó cuando se supo que las autoridades soviéticas habían fusilado a varios rehenes burgueses. Los días 1 y 2 de mayo, las tropas gubernamentales conquistaron Múnich. Hubo cientos de ejecuciones. Entre las víctimas se encontraba también Landauer. El episodio más terrible tuvo lugar cuando un grupo de voluntarios descubrió una reunión de veinte jornaleros católicos pacíficos, los jornaleros fueron tomados por espartaquistas a pesar de sus protestas y los asesinó a todos. Leviné fue detenido, condenado a muerte por un consejo de guerra sumarísimo y fusilado. Mostró una actitud heroica en el juicio y en la ejecución, lo que le valió una apasionada simpatía incluso entre los opositores a su táctica.

<sup>5</sup> Leviné declaró en su juicio ante el tribunal de Múnich (véase *Freiheit*, 6 de junio de 1919):

«En la noche del 4 al 5 de abril, un amigo me llevó a una reunión en el Ministerio de Guerra, donde se planeaba la proclamación de la República soviética. Esto era incomprensible para mí. En mi opinión, solo los trabajadores podían proclamar una república soviética y no personas individualmente. En esta reunión había anarquistas, independientes y socialistas de derechas como Niekisch, Schneppenhorst, Dürr, etc. Dejé clara mi posición en la reunión, que también fue compartida por mi partido, y protesté enérgicamente contra estos tejemanejes. Expuse que el momento era en extremo desfavorable y precipitado. Baviera no es un espacio económico cerrado. Una república de soviets solo podría sostenerse si se creara una república alemana de soviets [...]. Enviamos una delegación al Consejo Central [...] y protestó en nombre del partido contra los proyectos aventureros. De todos modos, se proclamó la república soviética ficticia, y luchamos contra ella mientras pudimos luchar».

Leviné comentó lo siguiente sobre el giro de los acontecimientos en la noche del 13 al 14 de abril:

«En la asamblea de los consejos de empresa el ambiente era: No vamos a ceder. Recuerdo haber dicho: “Me temo que habéis perdido, sea como sea. Pero al menos caeremos con honor. Si decidís luchar, nosotros, como comunistas, no os abandonaremos”. Consideramos que el deber de los dirigentes obreros es estar al lado del proletariado. Lo advertimos, nos insultaron, pero en el momento en que esta ficticia república soviética, y con ella el propio proletariado, estaba amenazada, teníamos el deber de no abandonar a los trabajadores. Habríamos sido unos traidores si lo hubiéramos hecho».

En sus palabras finales, Leviné dijo:

«Hace tiempo que sé que nosotros, los comunistas, solo somos hombres muertos con permiso de vacaciones. A ustedes, señores, les corresponde decidir si mi permiso se prolonga, o si debo unirme a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Aunque me maten, mis ideas seguirán vivas».

Cuando terminó el trabajo sangriento, el gobierno de Hoffmann regresó a Múnich. El gobierno no pudo ejercer la más mínima influencia en la actitud de los militares en la conquista de Múnich. El parlamento bávaro eligió un gobierno de coalición democrático sustentado en los socialdemócratas, el Partido Popular de Baviera y los demócratas. El socialdemócrata Hoffmann conservó la presidencia. La historia bávara de 1919 y 1920 muestra precisamente lo poco que un parlamento puede corresponder a las fuerzas sociales reales en tiempos revolucionarios. El Parlamento encarnaba la democracia parlamentaria burguesa. De enero hasta abril se situó a la derecha de las principales fuerzas sociales y, por tanto, fue impotente. Sin embargo, desde mayo de 1919, el Parlamento se encontró a la izquierda de las fuerzas existentes. Por lo tanto, solo podía formar un gobierno ficticio y ejercer un gobierno ficticio. El poder real del país lo tenía una contrarrevolución militar fanática con fuertes simpatías monárquicas. Desde las experiencias que habían tenido lugar en la república soviética, las clases medias se habían pasado casi por completo al campo contrarrevolucionario. La clase obrera estaba desarmada e impotente. Las fuerzas rojas ya no existían. En tales circunstancias, el gobierno del país flotaba en el aire, como demostraron al año siguiente las repercusiones bávaras del *putsch* de Kapp. Con la entrada de las tropas de voluntarios en Múnich, el alineamiento de Baviera con el Reich fue completo. El intento de hacer valer los logros de la revolución y, sobre todo, de la democracia basada en los soviets en Baviera había terminado.

